

EL TÍO ÁLVARO

Permaneció inmóvil durante un cúmulo de eternidades hacinadas en su mente. La tarde descansaba en sus hombros y una pesadumbre gris intentaba cerrarle los párpados. Sus ojos eran agua y sus dientes secuestraban un grito que clamaba libertad. Vio alejarse a la ambulancia, tras ella la mitad de su vida se aferraba al paracaídas. Le asaltó el recuerdo de una calle angosta. Dos muchachos corrían jugando a policías y ladrones con los otros niños del barrio. Ambos habían pedido ser ladrones.

La luz de la sirena le devolvió al presente. Su mirada, perdida hacía unos instantes en un ayer, ahora doloroso, buceaba bajo un mar de lágrimas contenidas. Notó una mano en su hombro:

— ¿Le llevo, comisario? — preguntó uno de sus subalternos.

— No, iré dando un paseo. Gracias.

Sacó un paquete de tabaco del bolsillo izquierdo de su abrigo y echó mano a un pitillo herido por el desánimo. Lo acomodó entre sus labios, nada hospitalarios en aquel momento, y caminó sin encenderlo hacia el lugar al que no quería llegar. Cada paso que daba arrastraba su alma inerte, no tardaría en anochecer, pero ¿qué importaba, si el mundo andaba ciego desde hacía unos veinte minutos?

Apretaba los puños, queriendo estrangular un aire terriblemente denso, con unas manos fuertes, expertas, valientes, que, sin embargo, no habían podido salvar a su amigo, a su hermano del alma. Ni siquiera pestañeó un instante, fijaba la vista en un horizonte esquivo, que flotaba en el humo invisible del cigarrillo olvidado en su boca.

Al fin una luz enferma, a través de una de las ventanas de la casa, le advirtió que había llegado a su destino. Fue matando sus pasos hasta que los enterró en un silencio completamente oscuro. Aún retumbaba en

sus oídos el estruendo pálido de aquel disparo, que acalló la vida de su inseparable compañero en un segundo.

Frénate al portál, inménso aquélla tárde, apretó los diéntes miéntras el cigárro caía a un vacío que envolvía el planéta.

Llamó con los nudillos, sus mános luchában por mantenér la cálma. Un niño pelirrojo, de unos seis años, asomó su nariz pecosa a la puérta que acabába de abrír. Sonrió, se dio média vuélta y gritó, con una voz agúda que acarició el áire:

— Mámiiii, es el tío Álvaro.

Por priméra vez, lo de tío, le dolió en los oídos. Era el padrino de aquél niño, que siémpre le había llamádo tío. Péro ésta vez ésa palábra le sangró en el tímpano, cobrándo un significádo múcho más relevánte.

— Cárlos, cariño, díle que ahóra sálgo. Estóy con tu hermano Álvaro — respondió la mádre désde alguna habitación cercána en la mitad del pasillo —. Ah, y díle a tu pádre, en cuánto éntre, que vénga un segundo a ayudárme — añadió.

— Voooooy — refunfuñó al tiempo que se dirigía a la puérta de nuévo —. Papá no ha venido, no está el cóche. Ha venido sólo el tío Álvaro — avisó.

En ése instánte el silencio fue golpeándo las parédes del pasillo, enmudeció la vida, y pudo oír los pásos léntos, muy léntos, de la espósa de su amigo acercándose al salón. Él sabía que élla llevába al pequeño en brázos, así que no temió que se desmayára. La esperó pacienteménte miéntras su nuez buscába consuélo en la gargánta, escondió tódos los recuérdos en los puños y los encerró pára que no le siguiéran dañándo. Finalménte, síglos después, apareció élla, completaménte incolóra, con los ójos ajénos a la miráda, y con el pequeño Álvaro temblándole en los brázos. No húbo una sóla palábra, tan sólo se miráron herídos por el silbido de una bala. Élla dejó al niño sóbre su alfómbra hincháble y se dejó caer lentaménte sóbre una sílla

que la esperaba pegada a la pared. Allí se le derrumbó el aliento, derramándose hasta confluír con la angustia líquida del tío Álvaro.

Él se acercó, despeinando a su paso con una caricia cotidiana al pequeño Carlos, que se había sentado en el sofá a mirar la televisión, ajeno al momento que le iba a cambiar la vida. Se arrodilló y abrazó a su amiga, a la mujer que había enamorado a su amigo-hermano Carlos. Ella no arrancó a llorar hasta que una lágrima del tío Álvaro empapó su mejilla. Todo pasó, no importa en cuánto tiempo, cuando el reloj decidió que había llegado la hora.

— Yo me encargo de todo — balbuceó él incorporándose para dirigirse a la puerta.

Carlos, Carlitos cómo lo llamaba su padre, le salió al paso:

— Tío Álvaro, dile a mamá que no llóre. Papá a veces llega tarde.